

sujetaba por un brazo, mientras una mano le tapaba la boca.

La joven se consideró perdida. No podía gritar: lanzó una mirada desesperada en torno suyo, y no vió más que rostros desconocidos é indiferentes; quiso forcejear para soltarse, y la presión de su brazo se acentuó, arrancándole algunas lágrimas. Instintivamente mordió la mano que le servía de mordaza, y una vez libre pudo dar un grito. Á todo esto la arrastraban hacia el Sena.

Á su grito respondió una sarta de juramentos, todo el repertorio de Cocardasse, y el que la sujetaba por el brazo la soltó. Los dos diestros, repartiendo tajos y cintarazos, diseminaron á los mendigos y la condujeron á la carroza.

El *Ballena*, Gendry y comparsa se habían evaporado.

## X

### La araña de hierro.

Felipe de Orleans no se equivocó al prever que poniendo á Lagardère en primera fila con motivo de la recepción del Embajador turco obligaba á la Nobleza y á París entero á pensar en el Conde. Sólo se hablaba de sus proezas y de su próximo matrimonio con Au-

rorra de Nevers. Todos los hombres querían ser sus amigos, y las mujeres, apasionadas por su novela amorosa, le rodeaban en los salones ávidas de satisfacer su curiosidad y de obtener de él alguna frase lisonjera ó alguna sonrisa.

Hasta la misma estrella del duque de Richelieu había palidecido. Chaverny compartía, aunque en menos grado, su favor, y los mismos diestros obtuvieron por reflejo un excelente triunfo de curiosidad, que permitía á Cocardasse satisfacer su sed, y al normando dirigir requiebros y lánguidas miradas á más de una encopetada señora. Acompañaban por todas partes al Conde vestidos de nuevo y elegantemente, y miraban con desdén á los simples mortales. Además, sus bolsas estaban repletas.

Cuando entraban en alguna taberna los rodeaban para oírles contar sus aventuras en España y sus elogios á Lagardère. Así cundió la leyenda, y el Conde se extrañaba de que el populacho le aclamase á su paso ó pronunciara con admiración su nombre. Passepoil se dedicaba muy ufano al amor, y se creía un Tenorio.

En cuanto á Antonio Laho, se había convertido en el *cavallier servant* de Aurora y Flor. El rudo montañés encerraba en su corazón tesoros de abnegación que apreciaban las jóvenes, las cuales en su compañía y en la de Ja-

cinta se consideraban seguras, aun ausentes Lagardère y Chaverny.

Ocho días después de haberse ausentado Mahomet Effendi se celebraba el baile de la duquesa de Saint Agnan, en honor de Lagardère, Chaverny y sus novias. El palacio de la calle de Varenne había estado cerrado durante la residencia en Madrid del Embajador. Pero para preparar su fiesta los Duques llamaron á una legión de obreros, carpinteros, tapiceros, pintores y doradores, para decorar los salones del piso bajo, y jardineros para hermopear parque y jardines, aumentando considerablemente el número de sus lacayos. Por fin la dama respiró tranquila: todo estaba dispuesto.

Secundáronla inteligentemente en su tarea dos jóvenes á quienes tomó de criados, y que se decían hermanos y huérfanos. La Duquesa, seducida por su buen aspecto—cosa rara en la servidumbre de aquella época, que parecía reclutada entre bandidos,—los admitió muy pronto, y se felicitaba de ello por su celo é inteligencia. Entre las varias cosas que confió á sus cuidados fué una la colocación en el centro del magnífico salón de una famosa araña que databa de varios siglos, que todo París elogiaba, y que los inteligentes de aquella época reputaban como valiosa joya artística.

Algunos sostenían que fué tomada á los infieles en Jerusalén y que éstos la habían roba-

do de la tumba del Salvador; otros suponían que fué propiedad de los caballeros de Malta, y hubo quien afirmó que había sido forjada por los artífices moros más hábiles del reino de Granada. En realidad procedía de una antigua aldea de la Turingia, y M. de Saint-Agnan, que conocía su historia, y hasta el nombre del artífice, dejaba circular muy satisfecho tales fantasías, que contribuían á realzar la importancia y valía de la alhaja.

Con efecto; tratábase de una maravilla, quizás la labor de toda una existencia. No había animal de la Creación que no estuviese representado en ella; formaban los brazos reptiles de todas clases en curvas caprichosas: como si el artista hubiera tenido escasez de modelos y los hubiese suplido con su imaginación, más fecunda que la misma Naturaleza, había creado seres fantásticos que se enroscaban, se mordían, parecían embriagados, afligidos ó furiosos, lamiendo una admirable mano femenina ó vomitando llamas.

El peso de la araña era formidable, como se comprende, y el tenerla siempre colgada constituía un peligro permanente. Por un sistema de garruchas, de poleas y cadenas, y una cabria colocada en el primer piso, se izaba la artística lámpara una ó dos veces por año. Pasada la fiesta la bajaban al sótano, donde descansaba en un andamiaje construido al efecto.

Dos hombres bastaban para la operación, y la Duquesa encargó la faena á los dos nuevos lacayos.

Llegó la noche, y la calle de Varenne comenzó á llenarse de carrozas y de literas. Todos los invitados ansiaban ver las maravillas tan ponderadas de aquellos salones, y más todavía ser presentados á las dos parejas en cuyo honor se celebraba la fiesta. Todo el París aristocrático se había dado cita en aquel palacio. El Regente prometió asistir. Entre los concurrentes había bastantes que no conocían ni de vista á Lagardère, y más de una hermosa preguntaba:

—Pero ¿cómo es? ¿Alto, guapo...?

—¡Hermoso como un dios!

—¿Adonis en persona?

—¡Adonis... Hércules! ¡Todo el Olimpo!

Muy diestro tenía que haber sido el villano que se introdujese entre la multitud que atestaba los salones, pues estaba allí Carlos de Hozier, que poseía como nadie la ciencia del blasón y sabía al dedillo todos los escudos de armas de toda la Nobleza de Francia. De pronto hizose como por encanto el silencio y avanzaron hacia el centro del salón tres parejas: el duque de Saint Agnan dando el brazo á la duquesa viuda de Nevers, siempre vestida de luto, pero con la sonrisa en los labios, majestuosa y radiante; Lagardère y Aurora; Chaverny y doña Cruz.

Las dos jóvenes, idénticamente vestidas, la una muy rubia, muy morena la otra, formaban armónico contraste; tenían tal expresión de facilidad en su bellissimo rostro, que no hubo una sola de aquellas damas mordaces y epigramáticas, de ingenio cultivado para la murmuración social, que se sintiera capaz de zaherirlas, cautivadas todas por su simpático encanto.

Los mejores músicos de París, ocultos tras cortinas de follaje, comenzaron en cuanto terminaron las presentaciones—que duraron más de una hora—á ejecutar las piezas más en boga. La gran araña de hierro forjado y centenares de otras más pequeñas iluminaban espléndidamente el salón, arrojando rayos de luz sobre los diamantes, las pedrerías, la plata y el oro, que los devolvían en mil variados cambiantes. Hasta los ojos, los ojos azules dulces y soñadores, los ojos negros ardientes y arrobadores, los pardos de mirar penetrante y los ojos verdes, profundos y móviles como las algas oceánicas, parecían animados de inusitado brillo y despedían también chispas luminosas... Y en todo el salón resonaba un zumbido de colmena en trabajo: murmullos, risas, frases ingeniosas, cumplimientos azucarados como merengues, todo el ritual consagrado de galantería, ligereza, desenfado y despreocupación característicos del siglo xviii, y que debía conservarse hasta en las mismas gradas del cadalso.

Ambas jóvenes se sentían dichosas y confiaban en lo porvenir.

—Olvidemos todo lo que hemos padecido y llorado—decía Aurora, trémula de felicidad y agradeciendo con la mirada á su novio toda la ventura que experimentaba.—El porvenir nos pertenece, y tu corazón y el mío están indisolublemente unidos.

Flor, acaso en otros términos, decía lo mismo en el fondo á Chaverny: ambos estaban ufanos sobre toda ponderación. Súbitamente acudió á la mente de la española una idea que debía de ser particularmente agradable, porque la hizo reír á carcajadas. Chaverny también la acogió con gran júbilo, y cuando cesaron de celebrarla con sus risas, como chiquillos traviesos fueron á comunicársela á la duquesa de Saint-Agnan. Después de algunos minutos de conciliábulo junto á una ventana las dos damas se eclipsaron.

No tardó mucho en reaparecer doña Cruz disfrazada de gitana, y en un ancho círculo formado por los asistentes en medio del salón, bajo la famosa araña, comenzó á bailar, cantando un cántico bohemio y acompañándose con la pandereta, como antiguamente cantaba y bailaba por las plazas de Madrid y Burgos.

En aquel momento anunciaron al Regente. Flor permaneció inmovil, con un pie en el aire, los brazos en jarras, adorable y ágil, como soste-

nida por invisible hilo. Felipe de Orleans se sentó en su puesto de honor, y como no había príncipe más amable y encantador que él cuando se dirigía á una dama sin intenciones amorosas, rogó á la joven que continuase.

—Toda nuestra vida lamentaríamos habernos privado de tan hermoso espectáculo. En cuanto á ti, marqués, pídenos lo que quieras, ya que has dotado á nuestro reino de tal maravilla.

Flor continuó su admirable baile, haciendo resonar la pandereta, que golpeaba con las manos, con las rodillas, con el codo y con la cabeza, y cantando las extrañas melopeas que había aprendido en su niñez. Ni se cansaba ella, ni los demás se cansaban de admirarla, de verla y de oírla: el Regente, menos que nadie; Chaverny, menos que el Regente.

Á ruegos del Príncipe Aurora se acercó á su amiga para invitarla á descansar en el momento de que la gitana se había quedado inmóvil, con una rodilla en tierra, el brazo en alto y mirando al techo. El rostro de Flor palideció intensamente; púsose en pie, y de un salto fué á refugiarse en los brazos de su amado, después de haber rechazado bruscamente á la Duquesita. Antes de que nadie volviera en sí de su sorpresa se oyó un rechinar de cadenas, y un horrible estruendo clavó á todos en su sitio. La pesada y artística araña se desplomó con estrépito

y no paró hasta el fuerte andamiaje, que crujió como si fuera á romperse.

Un segundo más, y Aurora y Cruz hubieran sido aplastadas por el famoso artefacto. Todos los labios lanzaron un grito de estupor ó de angustia; los caballeros se apresuraron á apagar las bujías que se habían caído encendidas sobre la alfombra, y á extinguir el fuego que comenzaba á prender en varios tapices. Sin la presencia del Regente, que había conservado toda su serenidad, ni una mujer hubiese quedado en la sala, en medio de la cual se habría una sima.

—¡Dios no ha querido permitir esta noche una desgracia!—dijo Felipe haciendo una reverencia á la Princesa y estrechando las manos de Lagardère y Chaverny.—El accidente es deplorabile; pero todos salimos salvos.

—¿Es un accidente? — preguntó Enrique volviendo la vista al duque de Saint-Agnan, que se hallaba desesperado.—¿Estáis seguro, señor Duque, de todos vuestros criados, absolutamente de todos?

Un rayo de luz iluminó el cerebro de la Duquesa.

—¡Imposible! — exclamó — ¡Sería horrible! ¡Venid!

El Conde y el Duque la siguieron al primer piso. El mecanismo que hacía subir y bajar la araña estaba intacto; una mano criminal produjo el incidente con conocimiento de causa. La

dama hizo comparecer á toda su servidumbre: sólo faltaron los dos hermanos últimamente admitidos, y que no eran otros que Ibo de Lujan y Rafael Pinto. El primero permaneció toda la noche en aquel aposento, aguardando la ocasión de aplastar á Lagardère, y desesperando de conseguirlo, quiso á lo menos acabar con la existencia de Aurora y de Flor. La presencia de ánimo de ésta y la casualidad de ver vacilar la colosal lámpara habían salvado á las dos jóvenes.

Cuando Lagardère volvió á la sala la mirada de Enrique lanzaba rayos, y todas las damas murmuraron abanicándose:

—¡Es un león!

—¡No le habíamos mirado bien! ¡Qué hombre!

—Monseñor—dijo Lagardère al Regente,—habéis desterrado á Gonzaga; pero si su cabeza está en España, tiene brazos aquí. En tanto que mi espada no haya hecho justicia, mientras clame venganza la sangre de Nevers, veremos á mendigos querer secuestrar damas á las puertas del Louvre, y caer arañas en casa de mis amigos.

—Si Gonzaga tiene emisarios en París—exclamó el Regente, enojándose ante aquella idea,—necesita buscarlos y encontrarlos el lugarteniente de policía para que podamos quemarlos vivos en la plaza de la Grève.

—La lucha no terminará hasta que yo le mate.

Dióse por terminada la fiesta. Felipe de Orleans se retiró, y tras él todos los demás invitados.

Dentro de su carroza, y al lado de sus novios, Aurora y Cruz pensaban que el Cielo no quería concederles dos horas de dicha sin empañarla en seguida con amenazas de muerte. La de Nevers se echó á llorar silenciosamente. La antigua gitanita no lloró: estaba admirablemente templada para la lucha.

## XI

### Misión secreta.

¿Había confiado Lagardère en que su enemigo le concediera una tregua? No lo sabemos: lo cierto es que los últimos sucesos le dieron mucho que pensar. Decididamente, había que acabar de una vez para siempre con Gonzaga: no debía casarse con Aurora sin poder asegurarle la tranquilidad con la dicha. Sólo había un medio de terminar tal situación de incesante alarma: herir en la cabeza, y para ello el único medio era volver á España, buscar á Gonzaga hasta en el salón del trono de Felipe V, en

cuyo ánimo débil había tomado el Príncipe gran ascendiente.

—¡Qué importa!—se dijo Lagardère.—¡Le mataré en presencia del Rey si es preciso!

La empresa era temeraria en sí; pero no tanto que hiciera retroceder á aquel hombre que nunca había temblado, y que donde cualquiera otro sólo hubiera hallado un fracaso él triunfaba fácilmente.

La mayor dificultad no era el peligro que pudiera correr, y precisamente por ser de orden muy distinto la temía más. Se trataba de obtener el consentimiento de Aurora, que no le dejaría partir solo á un país que tan hostil les había sido, y en el cual veinte veces estuvo á punto de morir él. La duquesa viuda de Nevers se interpondría por su parte para obtener del Regente la prohibición de salir de Francia.

Durante varios días Enrique pesó el pro y el contra y discurrió el modo de obtener á la vez del Regente y de su amada la autorización de partir. Temía que le sería difícilísimo, pues, caso de conseguirlo, le impondrían la obligación de ir acompañado, lo que no quería de ningún modo. Pudiera tener que recurrir á astucias y disfraces, y para ello necesitaba que su enemigo no se pusiera en guardia al reconocer á Chaverny ó á los diestros.

Las circunstancias le sirvieron mucho mejor de lo que podía esperar, y Felipe de Orleans se